

LAS ARMAS DEL MUSEO

En estas páginas el lector verá la evolución de algunas armas que reposan en la colección de piezas del Museo Militar de Colombia, lo mejor de todo es que podrá apreciarlas en vivo y en directo en algún momento de su vida, detrás de un cristal, descansando de su agitada vida, para que las conozca, las aprecie y vea en cada una de ellas el conocimiento y el arte que encierran, todo tan cerca, todo en nuestro Museo Militar.

Las armas son muy bellas, lo malo es lo que hacemos con ellas.

LAS ARMAS DEL MUSEO

LÍNEA DE TIEMPO A TRAVÉS DE LAS SALAS

Introducción

Breve historia de las armas	2
1. Revólveres	
Breve historia del revólver	7
La colección del Museo	9
Curiosidades de los revólveres	42
2. Pistolas	
Breve historia de la pistola	53
La colección del Museo	56
Curiosidades de las Pistolas	106
3. Fusiles y Subametralladoras	
Breve historia del fusil y la subametralladora	114
La colección del Museo, fusiles	118
Curiosidades de los fusiles	157
La colección del Museo, subametralladoras	167
Curiosidades de las subametralladoras	184
4. Ametralladoras	
Breve historia de la ametralladora	189

La colección del Museo	194
Curiosidades de las ametralladoras	210
5. Cañones, Morteros y Obuses	
Breve historia del cañón, mortero y obús	214
La colección del Museo	219
Curiosidades de los cañones, morteros y obuses	229
6. Lanzadores de Cohetes y Granadas	
Breve historia del lanzacohetes y el lanzagranadas	231
La colección del Museo, lanzacohetes	235
La colección del Museo, lanzagranadas	240
Curiosidades de los lanzadores de cohetes y granadas	245
Bibliografía	

CRÉDITOS

A todo el personal de Oficiales, Suboficiales, Soldados y Civiles del Museo Militar de Colombia, con quienes he tenido la fortuna, el privilegio y el honor de servir desde junio de 2010.

A Juan Pablo, quien revisó cuidadosamente los textos, hizo las preguntas “incómodas” para mejorarlos y ampliarlos, para darle a quienes disfruten de este texto la mayor cantidad de información posible, entendible y agradable.

A todos aquellos turistas que han recorrido los pasillos de nuestro Museo Militar y que han aportado nombres, datos, referencias; sus nombres los he olvidado, pero gracias por hacer posible el crecimiento de nuestro Museo y de aportar esos datos para reconocer estos tesoros.

A mis compañeros modelistas estáticos, quienes ayudaron con sus conocimientos a que me esforzara más buscando información precisa.

A mi familia, que ha sabido sobrellevar mi servicio durante los fines de semana estos 13 años (y contando): Gracias por apoyarme y ayudarme a construir este sueño.

INTRODUCCIÓN

En algún momento de nuestras vidas, siendo grandes o pequeños, jóvenes o viejos, hemos visto un arma.

Por televisión, en películas, en vivo y en directo, en manos de la autoridad o de la delincuencia, empuñadas para combatir la injusticia, para oprimir, para liberar.

Pero siempre, siempre ha existido la duda, una duda que nos ha dado vueltas en la cabeza durante algún tiempo, hasta que encontramos una imagen y un nombre que nos brinda certeza, pues ya sabemos que arma vimos, cómo se llama, qué hace.

Entonces, ¿por qué no aprender un poco más? ¿De dónde vino, cómo se hizo, cuál fue su evolución?

Desde que las armas se crearon han ocupado un lugar en la vida del ser humano, las de fuego, las de cuerda, las de viento, madera, acero, cobre, hierro, piedra, hueso; las de “un brazo” de fuerza, las de millones de kilotones de poder, todas nos han estado ahí, en algún momento de la historia del hombre, le han permitido llegar a ser lo que es hoy.

No siempre su historia ha sido la más bonita, como bien se sabe, incontables vidas humanas se han perdido por su acción, amigos y enemigos por igual, cada una de ellas es el precio pagado por emplearlas, para el bien o para mal. A veces, simplemente se trata de la responsabilidad de llevarlas y nunca usarlas.

En cada arma se ve reflejado el ingenio del ser humano, que evolucionó también en las maneras de matar a sus iguales, es cierto, pero nadie puede negar que su capacidad inventiva, técnica, el conocimiento e inteligencia están en el acero, en la madera, en el polímero, en cada una de sus formas y colores, conocimiento al fin y al cabo.

En estas páginas se expone la evolución de algunas de esas armas, lo mejor de todo, es que podrán ser apreciadas en vivo y en directo, detrás de un cristal,

descansando de su agitada vida, para ser conocidas, apreciadas y que en ellas sea visto el conocimiento y el arte que encierran, todo tan cerca, todo en nuestro Museo Militar de Colombia.

Las armas son muy bellas, lo malo es lo que hacemos con ellas.

Mayor (RVA) FAC Manuel Antonio Domínguez Coral

BREVE HISTORIA DE LAS ARMAS

Nuestro más antiguo antepasado, en algún momento de su existencia, tomó una piedra, un hueso, un palo, cualquier cosa que le hiciera superior al animal o a aquel de sus iguales que viniera a perturbarle o a robarle lo que había cazado, armado así, pudo defender lo poco que tenía y asegurar su existencia un día más.

Luego estuvo presente el empleo de la fuerza física, entonces, dependía aquel hombre de su habilidad y destreza para mantener a raya a adversarios y animales que buscaban alimentarse de él; así, es usando su primitiva inteligencia, descubrió que la madera tensada desarrolla una mayor fuerza que su brazo, permitiendo que un proyectil llegara más lejos.

Usando el tendón de una antigua cebra y una buena vara apareció el arco, piedras y huesos de esa misma cebra se transformaron en puntas para flechas y cuchillos para cortar su alimento, cazar o defenderse, con ellas, las armas como herramientas de uso cotidiano.

Pero no fue ese único hombre quien había llegado a esas herramientas, otros como él lo hicieron también y sus instrumentos le sirvieron para satisfacer la necesidad defensiva, usó pieles y trozos de madera a manera de escudos y armaduras, ahora también podía luchar con el animal que le serviría de alimento por algunos días o aquel que le atacaba por estar en su territorio. Sin sus primitivas armas no estaríamos aquí.

Fue solo cuestión de tiempo para que aparecieran los metales y, con estos, las puntas de piedra y hueso fueron reemplazadas por puntas metálicas afiladas con mayor poder de penetración, también hubo que mejorar las armaduras, la protección; el arco evolucionó: al combinarse un segundo brazo surgió la ballesta, brindándole un punto de apoyo adicional y la posibilidad de mayor precisión, un arquero bastante bien entrenado era letal...

Alejémonos un poco de esas tierras y visitemos el Lejano Oriente, allá, algún genio mezcló algunos elementos de la naturaleza e inventó la pólvora, con esta, aparecieron los primeros “cañones de mano” hechos con varas de bambú, primitivos cohetes que nada deben envidiarles a nuestros actuales voladores, que

a diferencia de estos no estallaban al contacto y eran empleados para asediar las filas enemigas.

Al aparecer la pólvora surgieron las primeras armas de fuego, su nacimiento no fue fácil, pues aún los mejores arqueros y ballesteros podían abatir un blanco más rápido que un arcabucero con poco entrenamiento, no obstante, la ventaja para el arma de fuego radicaba en que el proyectil propulsado mediante la pólvora alcanzaba una distancia mayor que la que permitía una espalda y un arco perfectamente tensado; pronto, la armadura contra flechas se hizo obsoleta y fue necesaria nueva protección, aumentar la distancia entre el tirador y el blanco, continuar el ciclo de evolución paralela que disputarían armas y armaduras, una lucha constante en la tecnificación de medios para causar daño y elementos para prevenirlo.

Las primeras armas se disparaban con una mecha puesta casi directamente sobre la pólvora, que se cargaba por la boca del arma con ayuda de un cuerno, luego se añadía el proyectil y al final un trozo de papel o tela para dar soporte al conjunto. Con la evolución apareció el sistema de serpentina o mecha, que usaba un gatillo que ponía en contacto la brasa y el agujero de fuego, sitio donde estaba expuesta la pólvora. Esta brasa no podía dejarse apagar, razón por la cual la mecha solía rodear el cuerpo del soldado.

Posteriormente, se desarrolló la cazoleta, depósito donde se alojaba una parte de la pólvora que se cargaba, reemplazando la mecha e incorporando el uso del pedernal que generaba la chispa que encendería la carga primaria y esta, a su vez, la carga principal. De igual manera, apareció un nuevo elemento para ayudar a la carga del arma, un recipiente dosificador alargado con forma de botella conocido como “polverera”.

Para este nuevo tipo de armas de avancarga se desarrollaron dos sistemas, uno que empleaba una rueda, a la que se debía dar cuerda y que operaba de una forma similar a la de nuestros encendedores actuales: mediante la rotación de la piedra se enciende el fuego; en este caso, la rueda se liberaba por acción del gatillo y la piedra caía sobre esta, ya en movimiento, generando las chispas que encenderían la pólvora de la cazoleta y, a su vez, la carga principal, haciendo el disparo. Era un sistema algo complicado, pero muy efectivo y preciso.

El otro sistema que hizo uso del pedernal apareció posteriormente, fue conocido como sistema de chispa: un martillo¹ mantenía la piedra ajustada, se cargaba el arma por la boca, se repetía el mismo procedimiento que con las anteriores armas y al presionar el gatillo el martillo se descargaba con fuerza sobre la tapa de la cazoleta, que se levantaba un poco antes para generar el choque, la chispa y la ignición. Los tiradores más hábiles y menos asustadizos tardaban de 12 a 16 segundos cargando su arma; incluso en esa época existían los románticos y algunos habían adaptado los dosificadores a sus “chifles”, cuernos donde llevaban la pólvora.

Infortunadamente, el agua siempre ha sido fiel enemiga del fuego, primero con la mecha, luego con el pedernal, había que resolver el problema. Entonces es desarrollado el fulminante o cápsula de ignición, que eliminaría el problema de la piedra húmeda que no generaba chispa y, además, un nuevo cambio en los sistemas de las armas: la cazoleta se cubre, aparece el receptáculo para el fulminante y desaparece el martillo con pinzas para la piedra, convirtiéndose, ahora sí, en el martillo percutor que perdura hasta nuestros días. Así nació el sistema de percusión.

El proyectil también evolucionó, se inventó un cartucho hecho de papel que contenía la cantidad precisa de pólvora y el balín, impermeabilizado en su exterior con grasa de animal o aceite con el fin de contrarrestar el casi eterno problema de agua y humedad. Este nuevo cartucho permitió tener todo el conjunto en una única pieza, ya no fue necesario el chifle o polvorera ni la balinera para cargar los fusiles, estos elementos son reemplazados por la cartuchera. Con un ligero mordisco se abría el paquete de papel, que se deslizaba con ayuda de la baqueta hasta el fondo del cañón, se añadía el fulminante, se ubicaba el martillo hacia atrás, se presionaba el gatillo y se hacía el disparo, de manera más eficaz. No obstante, el agua siguió siendo un problema.

El siguiente paso en la transición hacia el cartucho moderno se dio mediante la utilización del metal, ahora, en una funda de este material se encapsulaba la pólvora y en su base reposaba el fulminante. Surgieron entonces algunas preguntas ¿cómo perforarlo? ¿Cómo causar la tan necesaria reacción química

¹ El martillo o percutor es la pieza del arma que, como su nombre lo indica, percute el fulminante para producir la ignición de la pólvora que dará como resultado el disparo; para el caso particular, mantenía el pedernal fijo y le daba el impulso suficiente para generar la chispa que provocaba la ignición de la pólvora para el disparo.

que generaría la ignición? Sobre la base del proyectil se añadió una pequeña varilla que se encargaría de accionar tras pasar el fulminante, y dar inicio al proceso. Así nació el cartucho metálico como *pin fire*, dando vida a una serie de armas que lo emplearían durante varias décadas, y desapareciendo, de una vez por todas, el problema del agua. Ese fue el origen del cartucho moderno.

Sin embargo, y como bien es sabido, el progreso y el desarrollo nunca se detienen, el pin desapareció por algunos problemas de seguridad presentados, fallas de diseño que generaban malfuncionamiento o activaciones accidentales relacionadas también con el sistema del arma que lo disparaba. La solución fue su eliminación y la reubicación del fulminante a un lado de la base del casquillo, así, el martillo golpearía la base y daría marcha al proceso de ignición.

Este sistema aún se emplea en calibres menores, generalmente destinados a la caza de animales pequeños. Pero, luego, se situó el fulminante en el centro de la base del cartucho, zona conocida como “culote”, naciendo así el sistema actual, también llamado de fuego central; naturalmente, el nuevo tipo de cartucho aceleró el diseño de nuevas armas, un nuevo paso en la evolución de las armamento de fuego.

Con la aparición y desarrollo de los sistemas de carga e ignición evolucionaron las armas: se hicieron más pequeñas, manejables, potentes, capaces de tender barreras de fuego que habrían sido la envidia de cualquier ejército del siglo XV con sus primitivos arcabuces; un menor peso y un tamaño más reducido serían óptimos para combatir en alguna trinchera en Crimea. Siglos de diseño, capacidad inventiva, creatividad, técnica, industrialización, ciencia y, sobre todo, prueba y error han generado como resultado las armas que hoy reposan en manos de los distintos ejércitos del planeta.

¿Qué esperamos en el futuro?

Hay quienes dicen que en un futuro vendrán los pulsos de energía, que no será necesaria ni la pólvora ni el fuego, sino que cantidades concentradas de energía serán capaces de paralizar y hasta quitar la vida; otros, que las armas no letales serán objeto de grandes desarrollos y se harán más populares, llevando a la desaparición de la pólvora. Incluso hay otros que creen que serán los casquillos